



Estampas de caballeretes
y de parejitas

Charles Dickens



Estampas de señoritas

Edward Caswall



ALBA CLÁSICA

Ilustraciones de Phiz

Índice

[Nota al texto](#)

[Estampas de señoritas](#)

[Prefacio](#)

[La señorita que canta](#)

[La señorita atareada](#)

[La señorita romántica](#)

[La señorita evangélica](#)

[La señorita práctica](#)

[La señorita poco agraciada](#)

[La señorita literata](#)

[La señorita masculina](#)

[La señorita que está comprometida](#)

[La señorita tonta](#)

[La señorita interesante](#)

[La señorita aficionada a los animales](#)

[La señorita aficionada a la historia natural](#)

[La señorita imprecisa](#)

[La señorita hiperbólica](#)

[La señorita caprichosa](#)

[La señorita frugal](#)

[La señorita sincera](#)

[La señorita afirmativa](#)

[La señorita inteligente](#)

[La señorita misteriosa](#)

[La señorita extremadamente natural](#)

[La señorita perezosa](#)

[La señorita del colegio](#)

[Conclusión](#)

[Estampas de caballeretes](#)

[El caballerete apocado](#)

[El caballerete facineroso](#)

[El caballerete sumamente simpático](#)

[El caballerete castrense](#)

[El caballerete con inquietudes políticas](#)

[El caballerete hogareño](#)

[El caballerete criticón](#)

[El caballerete gracioso](#)

[El caballerete aficionado al teatro](#)

[El caballerete aficionado a la poesía](#)

[El caballerete presuntuoso](#)

[El caballerete a quien adoran las señoritas](#)

[Conclusión](#)

[Estampas de parejitas](#)

[La parejita de jóvenes](#)

[La parejita formalista](#)

[La pareja de tortolitos](#)

[La pareja que se lleva la contraria](#)

[La pareja que idolatra a sus hijos](#)

[La pareja desunida](#)

[La parejita plausible](#)

[La parejita agradable](#)

[La pareja egocéntrica](#)

[La pareja que se cuida](#)

[La pareja de ancianos](#)

[Conclusión](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[ALBA](#)

Charles Dickens



Estampas de caballeretes y de parejitas

con Estampas de señoritas de Edward Caswall

Ilustraciones de PHIZ

Traducción

Miguel Temprano García

ALBA

Nota al texto

Chapman & Hall, los editores de Pickwick, publicaron *Estampas de señoritas* en 1837. El libro iba firmado por un tal Quiz y llevaba grabados de Hablot Browne, alias Phiz, ya célebre como ilustrador de Dickens. (La identidad de Quiz, por cierto, no se aclararía hasta 1908, mucho después de la muerte del autor, Edward Caswall, en 1878.) Tuvo tanto éxito que el mismo año de su aparición se hicieron ocho ediciones. Dickens tuvo la ocurrencia de publicar, al año siguiente (1838), un «antídoto» anónimo, *Estampas de caballeres*, también con ilustraciones de Phiz, igualmente con un gran éxito... de tal modo que, al conocer la noticia del compromiso matrimonial de la reina Victoria con su primo Alberto de Saxe-coburgo, se lanzó a escribir otro volumen para publicarlo simbólicamente el mismo día de la boda real (16 de febrero de 1840) y que, siguiendo el impulso del anterior, se centraría en las «parejitas». Salió así *Estampas de parejitas*, nuevamente ilustrado por Phiz. La autoría de Dickens de estos dos libros no fue revelada hasta después de su muerte en 1870.

En 1843 los tres títulos se publicaron en un solo volumen, inaugurando una tradición que mantiene hasta hoy. La presente edición se basa en la última versión publicada en vida de Dickens en 1869, a la que se han añadido ciertos capítulos que en ella se habían omitido, pero que figuraban en la edición de 1843.

Estampas de señoritas

EN LAS QUE SE CLASIFICAN ESTOS INTERESANTES MIEMBROS DEL REINO ANIMAL
DE ACUERDO CON SUS DIVERSOS INSTINTOS, COSTUMBRES Y CARACTERÍSTICAS

GENERALES

Por QUIZ

Con seis ilustraciones de PHIZ



Prefacio

A menudo hemos tenido ocasión de lamentar que, aunque en los últimos tiempos se haya consagrado tanto genio a la clasificación de los reinos animal y vegetal, se haya pasado por alto de manera total e inexplicable la clasificación de las señoritas. Y, no obstante, ¿quién dudaría de que esa hermosa parte de la creación ofrece tanta o más variedad que cualquier sistematización de botánica publicada hasta la fecha? De hecho, la naturaleza parece haber exhibido, aquí más que en ninguna otra de sus obras, su incontrolable tendencia a desarrollarse con absoluta libertad; y, en ese modo, ha diversificado de forma bellísima la especie femenina, no solo en lo que se refiere a su inteligencia y su físico, sino incluso en cosas más importantes como los sombreros, los guantes, los chales y otras partes del vestido no menos interesantes.

Más de diez años hemos esperado en vano que un Cuvier, un doctor Lardner o una señora Somerville* tratara tan filosófico asunto. Por fin, hartos de tantas dilaciones nos hemos decidido intentarlo nosotros mismos, entre otras cosas porque siempre hemos sentido un placer singular examinar la diversidad del bello sexo. No obstante, se nos planteó ya desde el principio una dificultad que parecía insalvable. ¿Cómo, pensamos, íbamos a encontrar papel suficiente para abarcar la descripción de la personalidad de todas las señoritas de esta isla? Esa consideración me tuvo dos meses enteros, seis horas al día, con los pies apoyados en la reja de la chimenea, los codos en las rodillas y la cara enterrada entre las manos. Por fin, después de mucho pensarlo, llegamos a la conclusión de que sería posible encontrar, entre tan bellas jóvenes, ciertas características latentes, de acuerdo con las que podríamos clasificar a todas las señoritas de esa época y país, sin tener que describir a cada una de ellas en particular. En cuanto se nos ocurrió dicha idea, nos sentamos ante nuestro escritorio y no descansamos más que cinco minutos al día para comer y beber hasta completar el tratado que presentamos ahora ante el público, y del que nos apartaremos por más tiempo al lector sino para añadir que hemos seguido el sistema linneano en nuestra clasificación; y que las susodichas señoritas son trogloditas y no ictiosaurios, como observó erróneamente el doctor Buckland en el último ejemplar de los tratados Bridgewater.*

M. P.

La señorita que canta



Cualquier persona mínimamente familiarizada con la sociedad inglesa habrá reparado en que en todos los vecindarios hay invariablemente una señorita que canta. Dicha jovencita tiene por general una voz como la de un hervidor de agua si pudiera hablar, y se enorgullece de subir hasta el re sostenido más que si subiera a la cúspide de la pirámide de Keops. Cada vez que la invitan, su madre lleva consigo cuatro canciones «del adorable señor Bayly*», tres canciones alemanas, dos italianas y una francesa. A veces, aunque no siempre, llevan en el coche de caballos una ominosa caja verde donde, además de las partituras, se guarda el valioso añadido de una guitarra con una especie de cinta de seda de cuadros escoceses que cuelga del mástil y no sirve para nada.

A la hora del té, si se sienta uno al lado de la señorita que canta, seguro que le habla de la pasioncilla italiana y sin duda le preguntará si le gusta la música. Guardaos mucho de responder que sí. Si respondéis que no, hacéis vuestro sino quedará sellado para toda la noche; y, mientras media docena de guapas jovencitas charlan agradablemente en un rincón de la sala lo más alejado posible del piano, vuestro desdichado destino será plantaros al lado de la señorita que canta y pasarle azorado las páginas de los libros de dos en dos. Al acabar cada canción tendréis el deber de repetir tres veces la palabra «precioso»; y, mientras vosotros desearíais estar coqueteando con las seis guapas jovencitas del rincón, os veríais obligados a rogar e implorar a la señorita que canta que deleite a los presentes con otro solo. A los otros, la señorita que canta toserá levemente y alegrará que está muy acatarrada; pero, para su secreta satisfacción, verá cómo su madre la contradice y, volviéndose desde el sofá donde está sentada y cotilleando con la señora de la casa, le dice en tono de reproche:

–Vaya, cariño, ¿y qué si estás acatarrada? ¿Es que eso te va a impedir deleitarnos? ¡Vergüenza!

debería darte!

Luego sigue una breve pantomima entre madre e hija a propósito de qué canción será siguiente. Por fin se deciden por una canción alemana que la hija interpreta del modo más conmovedor que pueda imaginarse, sin saber que se trata de una canción alegre. Todos los presentes interrumpen la conversación, menos las seis jovencitas del rincón y el anciano caballero sordo que juguetea con el atizador, a cada uno de los cuales dedica la madre una mirada cortante. Cuando la señorita llega al final, se detiene casi sin aliento, y no es de extrañar si se piensa en mucho que han corrido sus dedos los últimos cinco minutos en un vano intento por seguir a su lengua.

–¡Qué preciosidad! –observáis ahora que tenéis ocasión.

–Eso mismo opino yo –responde la señorita que canta, con la mayor sencillez imaginable.

Su madre pregunta sucesivamente a las demás madres si alguna de sus hijas canta, y, cuando responden que no, se dirige así a su hija:

–Julia, ¿recuerdas aquella canción tan bonita de madame Stockhausen, que cantó la otra noche?

Tras lo cual sigue otra canción y luego otra, a petición de la anfitriona, que está deseando que exhiban sus propias hijas. De ese modo transcurre la velada; y, si sois especialmente afortunado tenéis, a cambio de nuestra paciencia, la exquisita gratificación de echarle el chal por encima de los hombros a la señorita antes de que suba al coche en el que regresa tarareando todo el camino a casa.

En nuestra juventud hemos asistido a no pocas veladas y nunca estuvimos en ninguna que no viese más o menos interrumpida por la aparición de la señorita que canta. Al final, debido precisamente a eso, dejamos de frecuentarlas, hasta que un día recibimos una invitación a una casa muy agradable y al mismo tiempo supimos por otras fuentes veraces que la señorita que canta había ido a Gales. La noticia nos hizo aceptar la invitación en el acto. «Por fin –pensamos– disfrutaremos de una velada tranquila.» Fuimos. Sirvieron el café y no se veía ni rastro de nuestra enemiga. El corazón se nos aceleró encantado y, justo cuando estábamos empezando a disfrutar de una conversación filosófica sobre la mermelada de frambuesa con la señorita prácticamente aparecieron, para nuestra más completa consternación, la guitarra, la señorita que canta y la sempiterna madre, las tres evidentemente confabuladas para nuestra destrucción. Por lo visto, la señorita, al enterarse de que iba a celebrarse la velada, pospuso un día su partida para poder asistir a ella.

Nada podemos decir de lo que ocurrió tras esa incursión hostil, pues, como tenemos la desdicha de que el destino nos haya dotado de un oído aceptable, nos vimos obligados a batirnos en retirada. Desde esa ocasión memorable no hemos vuelto a asistir a velada alguna sin antes asegurarnos, más allá de toda duda posible, de que la señorita que canta no se cuenta entre los invitados.

La señorita atareada

En nuestra juventud pensábamos que no había más que una señorita atareada en el mundo; pues en aquel tiempo solo un miembro de esa numerosa clase había sido objeto de nuestro discernimiento filosófico. Dicha señorita estaba eternamente ocupada en hacer, de la mañana a la noche, esto o lo otro aunque por más que lo intentamos nunca pudimos descubrir qué era lo que la ocupaba. Admitiremos que, a nuestro humilde entender, a veces daba la impresión de que no estuviera haciendo nada. Pero ¿cómo iba a ser así cuando no hacía más que repetirle a todo el mundo, una docena de veces al día, que era la persona más atareada del mundo?

Entre sus múltiples ocupaciones, había una en la que se esforzaba con una asiduidad inigualada desde los días de Penélope. Consistía en sentarse delante del fuego ante un artilugio de madera parecido a un cadalso, en el que había extendido una tela muy tensa. Sobre dicha tela trabajaba horas y horas, con energía inagotable y una paciencia sin parangón, para producir un gato de hilo verde, con los ojos amarillos y la cola roja. Sea como fuere, es un hecho histórico probado que nunca pasó de la cola y la punta de una oreja. O bien se había quedado sin hilo cuando se disponía a enhebrar la aguja; o alguien entraba; o alguien salía; o la llamaban con urgencia para atender algún otro asunto de importancia aún mayor, como regar el geranio nuevo; o tenía que escribir una pieza musical que nunca terminaba; o que quitarse una cinta del sombrero; o volvérsela a poner; o cambiarse de zapatos para ir a dar un paseo, pese a que siempre acababa cambiando de opinión y nunca salía a pasear. Resulta inconcebible que una señorita con tantas ocupaciones pudiera encontrar tiempo para escribir cartas. Por ello sus misivas, a diferencia de las epístolas de las otras señoritas en general, eran en su mayoría breves y desgarbadas, y siempre se interrumpían bruscamente de este modo: «La verdad, querida, no imaginas lo atareada que estoy en este momento. Tengo tanto que hacer. Te deseamos todos, etc. etc.».

Cualquiera diría que, con tantos asuntos que atender, nuestra joven señorita considerara necesario poner orden en sus numerosísimos asuntos. De eso nada. Incluso nuestros recuerdos juveniles nos permiten hacer, en caso necesario, una declaración jurada, de que su pequeño costurero de palo de rosa, tan delicadamente forrado de seda azul, estaba lo bastante desordenado para satisfacer al más exagerado amante de las irregularidades de la naturaleza. El dedal y las tijeras estaban eternamente enredados en un laberinto de lanas alemanas de fantasiosos colores. Cuando uno quería encontrar una aguja, debía emprender una expedición más larga que la del mismísimo Cristóbal Colón. Era inimaginable encontrar un hilo sin enredar. Había tantos ejemplos de labores a la moda, empezadas pero jamás completadas, guardadas a la buena de Dios en el mismo costurero, que sería justo considerarlo un cementerio de labores fantasiosas segadas en plenitud.

infancia. Que nadie piense, no obstante, que solo lo presidían dichas labores. Más de una vez, en los curiosos días de nuestra juventud, hemos visto, asomando por debajo de la tapa, el talón de un calcetín a medio remendar, agradablemente entremezclado con el ribete inacabado de un gorro o dormir sucio. Por no hablar de todos esos desdichados guantes, propiedad de jóvenes petimetres que nada más caer en manos de la señorita atareada con la promesa de arreglarlos (una de sus prácticas favoritas), quedaban atrapados en el limbo de por vida; ni del librito de recuerdos rosados que parecía tener una predisposición innata a asomar siempre que guardaba en su interior algún secreto de particular importancia.

Tal como hemos apuntado, antes considerábamos que la jovencita atareada era única en su clase. Poco a poco, no obstante, hemos ampliado nuestro conocimiento del mundo y hemos descubierto que es solo un ejemplo entre miles. Hay ahora entre nuestras conocidas no menos de cinco buenos especímenes. Dos son hermanas y, desde el punto de vista zoológico, pueden considerarse el tipo más noble descubierto hasta la fecha de esos útiles animales que practican el feliz arte de hacer todo y nada al mismo tiempo.

La señorita romántica

Hay en la actualidad, en una sencilla casa de ladrillo a unos treinta kilómetros de nuestro lugar de residencia, una señorita a la que hemos bautizado «la señorita romántica» desde que alcanzó la adolescencia. La conocemos desde la infancia y podemos afirmar con seguridad que el cambio que en ella se produjo hasta su decimoquinto año, justo después de leer *Corinne**, que en aquella época era muy popular entre los aficionados a la lectura.

En ese tiempo vivía con su padre en el pueblo de al lado. Recordamos muy bien habernos pasado un día a verla alguna vez y que nos informara de que hacía «un día angelical», una realidad que nuestra propia experiencia del frío y la lluvia durante aquel paseo nos habría inclinado a contradecir. Fueron las primeras palabras que nos dieron una pista sobre el verdadero estado de dicha señorita, aunque tal vez las habríamos pasado por alto de no haber sido por otras expresiones suyas que nos sirvieron para confirmar nuestras tristes sospechas. Así, cuando llamó nuestra atención sobre un pequeño dechado que había encima de la mesa, con tres alfabetos en rojo, azul y negro, rematado con una pirámide en miniatura de color verde, observó con mucho sentimiento que «lo había hecho ella misma en su infancia», tras lo cual, volviéndose hacia un diente de león que había en una copa de vino, nos preguntó languideciente si amábamos las flores y afirmó en el mismo tono de voz que ella las adoraba, y estaba firmemente convencida de que, «si no hubiese flores, moriría». Dichas expresiones nos hicieron meditar largo y tendido sobre el caso de la señorita en cuestión mientras volvíamos a casa por los campos. Y, por muchas concesiones que hiciésemos, no pudimos sino llegar a la triste conclusión de que se había vuelto romántica. «Está perdida –dijimos para nuestros adentros–. Si solo hubiese enloquecido, tal vez habría alguna posibilidad.» Como de costumbre, nuestras sospechas fueron acertadas. Apenas dos meses después, nuestra romántica amiga se fugó con el aprendiz del peluquero, que la instaló en esa casa de ladrillo tan honorable a la que nos hemos referido antes.

Por nuestras observaciones del caso, y de otros similares, no dudaremos en exponer ante nuestros lectores las siguientes características, que les permitirán reconocer a una señorita romántica a los diez minutos de serles presentada. En primer lugar, observarán que siempre arrastra las palabras en mayor o menor grado, por lo general con mucho sentimiento, a veces con compasión, melancolía o semimelancolía. Además, se pasa la vida compadeciéndose y sorprendiéndose. Su compasión no conoce límites. Se compadece de «las pobres flores que mueren en invierno». Del chal de su amiga, cuando se moja. Compadece al pobre señor Brown: «Tiene tan mal gusto; en su jardín no hay más que coles y patatas». Lo más curioso es que, con tamañas reservas de compasión, nunca se ha compadecido de nada que lo merezca. Sería demasiado

prosaico. Su compasión es de una textura más etérea. Nunca ha dado medio penique a un mendigo a no ser que se tratase de un «joven muy pintoresco». Junto a la pasión de la compasión es bendecida con la del amor. Ama la luna. Ama todas y cada una de las estrellas por separado. Ama el mar y, cuando está en un bote, ama las tormentas por encima de todas las cosas. Hay que admitir que sus animadversiones son igual de firmes y amplias. Así, odia a esa mujer tan aburrida, señora Briggs. No soporta ese libro tan árido, la *Historia* de Rollin. Detesta las carreteras. Para ella no hay término medio. O adora o abomina. Si la invitas a bailar en una velada, seguro que empieza a filosofar con frivolidad sobre los sentimientos. Tiene tendencia a colocarse flores en el pelo para cenar. Cualquiera se quedaría boquiabierto al oír, de sus propios labios, la lista interminable de sus amigos íntimos, viejos y jóvenes, masculinos y femeninos. Su correspondencia con otras señoritas es sorprendente. No obstante, no hay noticia de que jamás haya transmitido ninguna información como no sea en las posdatas. Su letra es excesivamente liliputiense, pero siempre tacha con tinta roja y a veces vuelve a tachar con tinta verde invisible. Ha leído todas las novelas de amor de la Cristiandad, y anda medio enamoriscada del adorable señor Bulwer*. Algunos entrometidos afirman que tiene en su poder las obras completas de lord Byron; pero es imposible decirlo con seguridad. Si tiene un hermano pequeño que acaba de salir del colegio, siempre se dedica a ridiculizarla por lo que dice e intenta sacarla de sus casillas, pero raras veces lo consigue. En un mundo de cosas destaca por encima de la mitad de las de su sexo, pues odia el escándalo y los cotilleos.

Para concluir, el naturalista puede establecer tres etapas principales en la vida de la señorita romántica: la primera, de los quince a los diecinueve años, en la que se va volviendo romántica; la segunda, de los diecinueve a los veintiuno, en la que continúa siéndolo; y la tercera, de los veintiuno a los veintinueve, época en la que, poco a poco, va adquiriendo sentido común.

La señorita evangélica



Nada más lejos de nuestra intención que criticar la religión verdadera allí donde se encuentre, menos entre las jóvenes hermosas, para las que no hay adorno más precioso o favorecedor. Pero últimamente se ha extendido entre las señoritas de nuestro vecindario una religión malsana y extraña que merece especial atención, pues es a ella a la que atribuimos la reducción de los bailes de nuestro condado de cuatro a uno al año, la total abolición de la competición de tiro con arco, la insolvencia del maestro de baile que vive en el pueblo de al lado.

Hemos observado atentamente el avance de esa enfermedad, que ha ido destruyendo la alegría inocente de nuestro vecindario, y, basándonos en las pruebas históricas más estrictas, podemos afirmar sin la menor duda que empezó con la señorita Slugs, la hija del abogado, hará cosa de un año y medio. Es el tiempo transcurrido desde que, al ir a visitarla, encontramos a la alegre y vivaracha señorita Slugs, sentada en el salón sin hacer nada con un vestido muy sencillo y una mirada de lo más taciturna. Empezamos la conversación en el tono desenfadado de costumbre, que no había censurado nunca. Pero respondió a nuestras bromas ingeniosas con un frío sí o no. Por fin, convencidos de que por fin habíamos encontrado un tema de conversación de su agrado, preguntamos si pensaba asistir al baile del viernes. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando, dando un respingo horrorizado, la señorita Slugs respondió de este modo:

–Creí que sabía que ya no voy a ningún baile. Los considero totalmente inapropiados.

Después, sin venir a cuento, citó para nuestra información exclusiva dos o tres pasajes de las Escrituras, que escuchamos con reverencia, como hacemos siempre que se leen las Escrituras, aunque dolidos al pensar en lo perversas que son esas doctrinas, que, por muy solemne que sea su intención última, van, a nuestro parecer, en contra de cualquier alegría ocasional.

No volvimos a ver a la señorita Slugs durante un tiempo; pero de vez en cuando nos llegaban noticias de que cada día se iba volviendo más peculiar. Primero supimos que había convencido a su madre de que obligase a las criadas a llevar un sencillo uniforme de color azul y blanco. Después nos llegó la noticia de que había organizado una escuela dominical en contra de los deseos del párroco. Poco a poco, dejó de ir a la iglesia con tanta frecuencia y dejó que su madre fuese sola. Eso nos sorprendió particularmente. Somos curiosos, por no decir inquisitivos. Fuimos a ver a nuestros vecinos y les preguntamos por la causa de aquel abandono por parte de la señorita Slugs. Resultó que, en su opinión, el pastor, que es una excelente persona, y un gran amigo del obispo, no predicaba el Evangelio. Intrigados, tratamos de descubrir a qué se dedicaba a la hora de ir a la iglesia. Pero la tarea resultó infructuosa. Solo nos llegó el vago rumor de que en tales ocasiones se sentaba ante el fuego de la cocina a leer panfletos con la cocinera. Corrió la especie de que se habían producido pequeñas discusiones entre la señora y la señorita Slugs a propósito de la religión. Por lo visto, la anciana no estaba dispuesta a quitarse la cinta rosa de la cofia. Estaba dispuesta a concederle a su hija cualquier capricho con tal de tenerla contenta, pero no la cinta rosa. De modo que la cinta se convirtió en una causa constante de disputas, que no concluyeron hasta que la hija la cortó una noche mientras su madre dormía. Estas noticias, por elocuentes que fuesen, no nos prepararon para el siguiente paso que dio la señorita Slugs, que consistió nada menos que en separarse de la Iglesia establecida. Al principio no dimos crédito a lo que oíamos, pero la noticia fue cobrando fuerza y no tuvimos más remedio que creerla. Dos o tres semanas después, nuestros propios ojos fueron testigos de algo que terminó de disipar todas nuestras dudas. Pues, mientras paseábamos un domingo por la mañana a la orilla del río, llegamos a un lugar umbrío donde se habían congregado unas doscientas personas que no apartaban la vista del centro de la corriente. Volvimos también la mirada y vimos al herrero y al carpintero anabaptistas en el acto de introducir a la señorita Slugs de espaldas en el agua. Iba vestida de franela para la ocasión. El caso era evidente. La señorita Slugs se había hecho anabaptista, y al día siguiente se casó con el carpintero.

Aunque ninguna otra señorita siguió el ejemplo de la señorita Slugs hasta esos extremos, apenas hubo ninguna, con la excepción de la señorita romántica y la señorita práctica, que no se viese más o menos afectada por su espíritu de secesión. A algunas les duró quince días. A otras tres o cuatro meses. A unas pocas medio año. En ese tiempo, únicamente asistieron a los bailes las viejas solteras, por lo que sufrieron un detrimento del que aún no se han recuperado. Actualmente, casi todas las señoritas han vuelto a recobrar el juicio. Esperemos que no desarrollen una afición por las diversiones tan virulenta como su anterior oposición a ellas. Ese cambio tan repentino suele darse en las repúblicas, y es posible que la república de las señoritas no esté exenta de responsabilidad en tales extravagancias. En nuestra humilde opinión, asistir a un baile tres o cuatro

veces al año es una diversión tan racional como alegre para los jóvenes de ambos sexos. Pero mejor hacerse anabaptista enseguida, como la señorita Slugs, que malgastar, como algunas damas que conozco, el corazón, la salud y las energías en la continua persecución de una frivolidad indefendible.

sample content of Estampas de caballeros y de parejas. Estampas de señoritas.

- [download online Marijuana Grower's Handbook: Your Complete Guide for Medical and Personal Marijuana Cultivation.pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [Those Who Can, Teach \(13th Edition\) pdf, azw \(kindle\), epub, doc, mobi](#)
- [read online Fair Juno \(Regencies, Book 4\) pdf, azw \(kindle\), epub, doc, mobi](#)
- [download online The Risen: A Novel of Spartacus](#)
- [download Economist With a Public Purpose: Essays in Honour of John Kenneth Galbraith \(Routledge Frontiers of Political Economy\)](#)
- [download online The Road to Wealth](#)

- <http://qolorea.com/library/Marijuana-Grower-s-Handbook--Your-Complete-Guide-for-Medical-and-Personal-Marijuana-Cultivation.pdf>
- <http://crackingscience.org/?library/Advanced-Computational-Methods-in-Science-and-Engineering--Lecture-Notes-in-Computational-Science-and-Engineer>
- <http://www.khoi.dk/?books/Dorset-Murders.pdf>
- <http://deltaphenomics.nl/?library/Canadian-Wine-for-Dummies.pdf>
- <http://www.satilik-kopek.com/library/India--A-History--Revised-Edition-.pdf>
- <http://thewun.org/?library/The-Road-to-Wealth.pdf>